

LA ALEGRÍA DE NAVIDAD

VUELVE la Navidad! Nombre y fecha que tienen el poder de emocionar todos los corazones, aun el más endurecido. Poesía exquisita de las almas, a veces, o más bien con frecuencia, íntimamente oculta, que florece, empero, de nuevo a la superficie de la conciencia, atraída por la belleza de la Navidad, que nos recuerda el nacimiento de Aquél, que todo corazón bien formado debe amar.

Y nuestro pensamiento retorna con emoción al pesebre de Belén; vuelve a ver los campos de Judea, donde los pastores velan sobre sus ganados y, en la paz de la noche invernal, presiente el prodigio que les será pronto anunciado por el coro angélico: «¡Gloria a Dios... paz en la tierra!»; piensa otra vez en los misteriosos viajeros, en los Magos de Oriente, en los sabios que peregrinan y atraviesan el desierto, guiados por la luz de una estrella; astro brillante en el cielo, que indica a los peregrinos el Astro que acaba apenas de aparecer en el pesebre y pronto se elevará para ser «la luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene a este mundo» (Juan, I, 9). ¡Oh!, el pensamiento de la Navidad no concluye con las últimas vicisitudes de la vida terrena de aquel Niño hecho Hombre. No mira a la maldad de los hombres que se vuelvan ciegos cuando el Astro proyectará sobre ellos los primeros rayos de luz eterna: «la luz brilla en las tinieblas y las tinieblas no la han comprendido». No recuerda la dureza de corazón de los mismos creyentes, de nosotros mismos, ¡oh, hermanos cristianos!, que con demasiada frecuencia en nuestra vida, desconocemos a nuestro Bienhechor y no le hacemos un lugar en nuestros corazones: «Vino a los suyos y los suyos no le recibieron».

No; Navidad y alegría son una sola cosa. Nuestro pensamiento huye de los recuerdos tristes para sumergirse en la frescura de las notas agradables y gozosas de la sinfonía del nacimiento del Redentor. «Os anuncio nuevas de gran gozo, que serán para todo el pueblo», dice el ángel a los pastores (Luc., II, 10). Y en efecto, todo el pueblo cristiano se regocija al recuerdo de aquella jornada bendita, señalada con los vivos y puros colores de una aurora: la aurora de la Era Cristiana.

No se trata de la que nosotros llamamos ordinariamente alegría o gozo, que frecuentemente no lo es más que en apariencia, o es común y ruidosa, y de todos modos fugaz, por lo cual esconde un sentimiento de melancolía inexplicable. Sino que es la alegría verdadera profunda, serena, purificante; la alegría

que viene de un mundo que nos parece un sueño, pero que es, o debe ser, la realidad de una Vida, de la cual sólo vemos el reverso en este mundo. Es aquella que el Niño de la Navidad, convertido en adulto, definirá: «mi gozo» (Juan, XV, 11) y querrá que se convierta en *nuestra* alegría. Oíd, hermanos

NACIMIENTO DE CRISTO

*Alégrese tierra y cielo;
pues el Verbo que ha nacido
viene, siendo Dios, vestido
de carne en humano velo.*

*Por amor se eclipsará
esta clarísima luz,
cuando muriendo en la cruz,
a la muerte vencerá.*

*En traje de humanidad
nace el Verbo con cuidado,
por destruir el pecado
y dar a Dios su heredad.*

*Quiere dar al hombre el cielo
por ser su amor tan subido;
y así, se muestra vestido
de carne en humano velo.*

DIEGO CORTÉS.

lectores, la voz del cielo, es decir, de aquella Realidad de la Vida, de la verdadera Vida, cuyo reverso vemos solamente en la actualidad; es la voz de Jesús que habla a los suyos con dulzura ilimitada, y dice: «Estas cosas os he hablado para que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea cumplido».

Ésta es la alegría que la Navidad hace gozar a los hombres; a lo menos por una hora, por un momento, cumpliendo en nosotros una obra de purificación, que nos restituye nuestra alma de niño con su abandono confiado y su emoción natural, con la esperanza viva

y los propósitos santos. . . ¡Bendita Navidad, el día de la alegría sin doble fondo, sin pensamientos secundarios, sin elementos de tristeza, sin orgullo, sin rencores, sin el peso del pecado!

Cristo ha nacido y nosotros sentimos que ha nacido para traernos sus dones inmarcesibles; sentimos que ha nacido para hacernos nacer de nuevo; ha nacido para enseñarnos a vivir, para ayudarnos a vencer los obstáculos y a resistir las viles tentaciones; para guiarnos siempre por el camino recto del bien actual y eterno. Él es la Estrella que ilumina nuestros pasos, como la otra, su anunciadora, indicó e iluminó el camino a los Magos de Oriente.

Ésta es la grande alegría de Navidad. Sea ella también la nuestra, querido lector; sea el Nacimiento de Jesús una profunda ocasión para nosotros de comunión con Dios; sea ella estímulo para nuevas decisiones, santas y bellas, que redunden en bendición para nosotros mismos, para nuestras familias, para la Iglesia fiel de Jesús, para nuestra patria, para la Humanidad entera.

No olvidemos el coro angélico de Navidad. Quiere ser la expresión del gozo que se siente en Cristo, y que cada uno de nosotros puede gozar, prolongando hasta los otros días del año los sentimientos que acaricia el día de Navidad.

La alegría tiene necesidad de exteriorizarse, de expresarse con explosión, a veces irrefrenable; en este caso, su lenguaje no puede ser la simple palabra, insuficiente a la abundancia del corazón, mas es el canto, el canto asociado, el coro. . .

Y he aquí el Coro angélico que fué oído por los pastores y transmitido a través de los años y de los siglos como la más eficaz y completa expresión de la Alegría de la Natividad: ¡Gloria a Dios... Paz en la tierra...! Dos aspectos de un idéntico estado espiritual: cuando el hombre da gloria a Dios, se asegura también la paz en la tierra; cuando el alma se ha reconciliado con Dios por la fe en Cristo, está preparada a sentirse también reconciliada con el prójimo.

Que la Navidad nos permita a todos gustar aquella «paz de Dios que sobrepasa a todo entendimiento» (Filipenses, IV, 7); que la Estrella de Cristo que se paró sobre la casa de Belén, venga sobre las casas de todos nosotros y se pare sobre ellas, trayéndonos luz, paz, contentamiento, salud, protección divina...

Estos son los votos que cordialmente hacemos para ti en esta Navidad, querido lector.

ARISTARCO FASULO.

EL NACIMIENTO MÁS MARAVILLOSO

R.

LA Humanidad celebra en esta época el Nacimiento que ha llenado de místicos y celestiales resplandores la vida de millares de millares de seres de nuestra especie. Poco importa saber si la fecha tradicionalmente celebrada es o no la exacta históricamente. El hecho que conmemora ha proyectado sobre la historia su importancia de un modo tan excepcional, que esa y otras cuestiones, por interesantes que sean, quedan relegadas a segundo término.

Si toda manifestación de vida es en sí, para el hombre inteligente, un hecho maravilloso, cuánta mayor razón hay para pasmarse ante la consideración de aquel Niño singular, que nació en Bethlehem de Judea en días del rey Herodes. Consideremos algunas maravillas que rodean aquel Nacimiento, causa para el creyente de múltiples bendiciones.

Los profetas de Dios anunciaron su venida, y el ángel Gabriel fué el primero que explicó el misterio de su encarnación. Su nacimiento proclama que Dios cumple sus promesas, y que, por tanto, podemos descansar en ellas como en algo firmísimo.

El ser su bendita madre virgen y Él «concebido por el Espíritu Santo», nos explica su pureza inmaculada, y llenos de consuelo afirmamos que «tal pontífice nos convenía: santo, inocente, limpio, apartado de los pecadores y hecho más sublime que los cielos...» (Hebreos, VII, 26).

Fué necesario un edicto imperial, reforzado, sin duda, por Herodes, para acomodarlo a las costumbres de los judíos, a fin de que el más ilustre descendiente de David, naciese en la ciudad profetizada. Un viaje largo e incómodo, especialmente para María, a causa de su estado; en él, sin duda, experimentaría el joven matrimonio la protección del Señor, de tal modo que su fe saldría fortalecida por las mismas pruebas. Si el despota Herodes dominaba en Judea, y el César de Roma sobre el mundo civilizado de entonces, un Rey superior a ellos gobierna en realidad al mundo,

sirviéndose, aun de sus enemigos, para llevar adelante sus propósitos misericordiosos.

Admira contemplar con los ojos de la fe, a los ángeles puros anunciando su nacimiento a los felices pastores, que velaban y guardaban las vigílias de la noche sobre su ganado, y la estrella maravillosa que guiara a los sabios del Oriente, para que ofrecieran al Niño su ado-

El y para Él». Siendo infinitamente rico, por amor impulsado se hizo pobre para enriquecer eternamente a cuantos creyeran en Él. Esto es lo más maravilloso de su nacimiento, que vino a buscar y salvar lo que se había perdido.

Con este objeto nació tan pobre, fué modelo para los niños y para los jóvenes, nos dejó un ejemplo como hermano mayor, cuidando probablemente

de la madre viuda y de sus hermanitos más pequeños, hasta que ellos a su vez pudieron cuidar de la casa y familia, entonces «fué por todas partes haciendo bienes» y al fin extendió sus brazos en la cruz, para lavar con su sangre preciosa nuestra iniquidad, y conseguir el perdón de cuantos le aceptan como el Salvador. Por su justicia somos justificados delante del Padre, adoptados en la familia de Dios, regenerados y santificados, para que la nueva vida no demerzca del glorioso título que nos concede: ¡ser llamados hijos de Dios! ¿Podría el hombre jamás haber soñado con una salvación tan maravillosa?

Apena el alma pensar que lo más maravilloso del nacimiento del Señor es justamente lo más olvidado, lo que menos se tiene en cuenta por una Iglesia apóstata, ¡que pretende ser la única depositaria de la verdad de Dios!... Un día el Niño de Bethlehem aparecerá como juez de los hombres y les dirá: ¡Apartaos de Mí!.. ¡No os conozco!

Entretanto llega ese día, lector amado, deja que el Señor Jesús nazca de nuevo en tu corazón, por obra del Espíritu Santo, y por una verdadera fe en Él permítele desarrollarse para bien tuyo y de cuantos te rodeen; verás cómo este Nacimiento suyo es mucho más maravilloso que aquel que se efectuó en Bethlehem de Judea, en días del rey Herodes.

PATRICIO GÓMEZ.

(Cuadro de Baroccio.)



EL NACIMIENTO

ración y sus dones; pero es más digno de admiración aún que Él acepte nuestro servicio de amor y que llame a los hombres de toda condición social para darles descanso para sus almas.

Se pasma el ánimo al considerar la extrema pobreza que rodeó su entrada en nuestra vida, cuando por amor de nosotros y de nuestra salvación tomó nuestra carne y habitó entre nosotros. José y María, aunque descendientes de la regia estirpe de David, se hallaban en tan humilde condición que «no había lugar para ellos en el mesón». No obstante, este bendito Niño «es la imagen del Dios invisible», «todo fué creado por

HISTORIA DE UN HIMNO DE NAVIDAD

ES un día otoñal de tempestad y lluvia. El viento sacude fuertemente las ventanas. Las hojas caen de los árboles, y por mucho tiempo el sol ha escondido su cara detrás de las nubes, privando a los hombres, a los animales y a la vegetación de la luz y el calor que les son tan necesarios.

En un cuartito sencillamente amueblado, se ve sentado a un joven que parece sumido en profunda meditación. La lámpara, que está sobre la mesa, arroja un tenue resplandor en aquel semblante, que revela una intensa tristeza y desesperación. A intervalos, oculta la cabeza entre las manos, que apoya en la mesa, y su pecho se ve agitado por hondos suspiros.

Ese joven es Franz Grüber, el maestro y organista de Arnsdorf, en Salzberg (Alemania). Así como el verano ha desaparecido, tomando su lugar el otoño con su acostumbrado acompañamiento de viento y lluvia, así la alegría ha huído del corazón del joven organista, y la angustia y la tristeza han entrado en él, dejando huellas visibles en su pálido pero hermoso rostro.

La bella y joven esposa de Franz Grüber está gravemente enferma. Sus cinco años de matrimonio han sido cinco años llenos de amor y felicidad. Pero de pronto, la amable compañera cae enferma, víctima de peligrosa dolencia, y el joven está allí sentado, solo, sumido en profundas meditaciones, con el corazón colmado de tristes presentimientos.

De súbito, algo sucede que le distrae de su doloroso pensar. La puerta se abre, y José Mohr, su fraternal amigo, entra ruidosamente en el cuarto, y con cara sonriente y alegre voz golpea al joven organista en el hombro, y exclama: «Buenas noches, Franz. Ve lo que traigo aquí — sacó un papel de su bolsillo, y continuó —: Te vas a sorprender de esto, Franz. ¿Ya ves? Es una poesía que acabo de escribir; un himno de Navidad que cantaremos por prime-

ra vez en nuestra Iglesia la próxima mañana de Pascua. Te aseguro que es muy bello; yo siento que lo es, y quiero que compongas la música para él. Sé que puedes hacerlo; que encontrarás la melodía precisa; una de esas melodías que logran conmover los corazones...»

Franz Grüber miró a su amigo moviendo negativamente la cabeza. Con mecánico ademán tomó el papel, y lo



Se sentó... y surgió del armonio la melodía para el himno de Navidad.

puso sobre la mesa sin fijar la vista en él. «No, José — dijo con trémula voz —; no puedo complacerte. Ni una sola nota podrá salir de mi alma; y si algunas acertaran a salir, serían tonos discordantes de tristeza y dolor».

Entonces José Mohr, que con el entusiasmo que le producía la letra de su himno no se había fijado en el pálido y afligido semblante de su amigo, dijo en voz cariñosa, llena de interés: «Vamos, Franz, ¿qué te pasa? Dime, ¿qué ha sucedido?» Entonces Grüber abrió su corazón al venerable amigo, y le contó todas sus angustias y tristezas.

Vinieron días de ansiedad y desesperación... Ninguna mejoría para la en-

ferma. Ninguna esperanza. El ángel de la muerte se aproximaba velozmente.

Otra vez la tempestad sacude las ventanas. Todas las hojas han caído de los árboles, no quedando en éstos sino las desnudas ramas. En lugar de la lluvia, la nieve cubre la tierra, y cuando en Diciembre vino el ángel de la Navidad en su viaje anual, dejando en cada hogar y en cada corazón su espíritu de amor y felicidad, Franz Grüber se vió un día abrumado por hondísima pena al lado del cuerpo sin vida de la amada esposa, contemplando, con el corazón destrozado, a su bella hijita de cuatro años que, arrodillada a los pies de la cama de la madre, se llozaba amargamente, como si su tierno y delicado ser fuera incapaz de soportar tanto dolor...

Es la víspera de Navidad, Franz Grüber está otra vez sentado solo en su cuarto. Era aquella la primera Nochebuena sin la amada esposa, después de su matrimonio. No podía olvidar la terrible pérdida, y de nuevo se sentía para entregarse a sus tristes pensamientos. No tiene lágrimas que vengán a aliviar el intenso dolor que llena su corazón. Las consoladoras palabras del anciano y venerable amigo José no son capaces de sacarle de su melancolía. Ni aun su mejor amiga — la música, con-

soladora del alma —, logra darle alivio. Cada vez que toca las teclas de su pequeño órgano, el sonoro instrumento no produce sino rumores de tristísimas melodías, y se siente incapaz de componer nuevas canciones.

De pronto, las campanas de la Iglesia lanzan a los aires sus alegres voces, recordando al pueblo que debe ir a celebrar la Nochebuena, la noche de paz en que nació el Niño, cuyo nombre, después de mil novecientos años, todavía está en las bocas y en los corazones de millones de seres, en todas partes del mundo.

Después de salir la gente de la Iglesia, los arbolitos de Navidad se iluminan

en todas las casas, ricas o pobres, y los corazones se sienten regocijados por la felicidad que trae el amor del Niño de Belén.

Pero los rumores de la Nochebuena no causan impresión en el corazón de Franz Grüber. Hay paz, paz celestial, alegría y felicidad a su alrededor; pero ni un solo rayo de ese espíritu de Navidad halla camino hacia su desolado corazón, y por eso se ve allí solo, en su pequeño cuarto, pensando en su dolor y recordando los años de dicha vividos en compañía de la amada esposa.

De repente se abrió la puerta del cuarto contiguo, e iluminada por el brillo de las muchas luces de un gran árbol de Navidad que apareció en la pieza, una hermosa niña corrió hasta llegar a las rodillas de su afligido padre, rodeó el cuello de éste con sus bracitos, cubrió con besos su cara, y entre lágrimas y risas, gritó: «¡Felices pascuas, papaíto! Oh, yo quiero que vengas a ver nuestro arbolito y todas las lindas cosas que el Niño Jesús ha traído para ti y para mí. ¡Ven, papaíto...!»

Algunos amigos de Franz, bajo la dirección del buen amigo José Mohr, habían arreglado aquella sorpresa para Franz, sin que éste tuviera la menor sospecha de que se preparaba aquella fiesta.

Ante la voz cariñosa de la niña, el hielo quedó roto en el alma del joven. Las puertas de su corazón se abrieron para dar salida a la melancolía y la desesperación que lo embargaban; entró en él la paz celestial, y abundantes lágrimas vinieron, por fin, a sus ojos, dándole alivio. Levantó en sus brazos a la hijita de su amor, la oprimió dulcemente contra su pecho, besó su frentecita inocente, y juntos fueron al cuarto contiguo, donde José Mohr y unos pocos amigos íntimos le saludaron cariñosamente.

Después, los ojos del joven organista cayeron sobre una mesita colocada en un ángulo de la pieza, y en la cual aparecían María, José y el Niño, en el pesebre; los pastores, parados a la entrada, y en un transparente, encima del establo, se leían las palabras del maravilloso mensaje de los ángeles:

«Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz; buena voluntad para con los hombres.»

El alma de Franz Grüber se sintió llena de celestiales armonías, y las suaves notas de cánticos melodiosos parecían brotar de su corazón, inspirados por su genio. Vió la poesía que José Mohr le había traído hacía algún tiem-

po, la leyó, se sentó al órgano, tocaron sus dedos las teclas, y como si hubiera querido convertir en melodías lo que había descuidado en aquellos tristes días y semanas, los tonos brotaron llenos de vida, resonando en la casa y aliviando a su alma del peso abrumador de sus sombríos pensamientos.

Luego pasó a dulces fantasías, en las cuales las notas parecían suave cascada de sonoros arpeggios; la inspiración iluminó su mente y corazón, y entonces, como obedeciendo a la paz que ya abrigaba en su ser, surgió del armonio la melodía para el himno de su amigo, ese bello himno de Navidad que hoy todavía, transcurridos cien años, se canta en la Nochebuena. Esa es la bella música que se oye anualmente en todos los pueblos del mundo Cristiano Evangélico.

Parece que es el primer himno que los niños aprenden de los labios de las madres, y es el cántico que arranca lágrimas a los ojos de los ancianos al recordar los bellos días de su niñez, en que, sentados en familia, oían contar la hermosa historia de los Magos de Oriente, de los pastores del campo que velaban las vigiliass de la noche sobre sus ganados, del cántico de los ángeles y del Niño en Belén. Ellos nunca olvidarán las dulces notas de ese himno que tantas veces cantaron así:

Noche de paz, noche de amor.
Todo duerme en derredor.
Entre los astros que esparcen su luz
Bella anunciando al Niñito Jesús,
Brilla la estrella de paz.
Brilla la estrella de paz.

Noche de paz, noche de amor.
Oye humilde el fiel pastor
Coros celestes que anuncian salud,
Gracias y glorias en gran plenitud
Por nuestro buen Redentor.
Por nuestro buen Redentor.

Noche de paz, noche de amor.
Ved qué bello resplandor
Luce en el rostro del Niño Jesús,
En el pesebre, del mundo la luz.
Astro de eterno fulgor.
Astro de eterno fulgor.

(Dibujo de Ramos.)

oooooooooooooooooooooooooooo

El árbol de Navidad que se ha conocido como el mayor de los que se recuerdan, lo mandó cortar, en una finca suya, el duque de Norfolk, de la aristocracia inglesa. El árbol medía cerca de veinticinco metros de alto, pesaba unas cuatro toneladas, y de sus ramas pendían regalos por valor de veinticinco mil duros.

VILLANCICO

Para mi hermanita Bruna.

(Coro.)

Cantemos alegres,
que el Rey celestial
dejando su gloria
nos viene a salvar.

* *

Dejando su trono
de gloria en el cielo,
al mísero suelo
el Rey-Dios bajó;
y siendo su casa
celestes, la altura,
cual pobre criatura,
sin techo nació.

* *

Su grata venida
con luz clara y bella
anuncia una estrella
vertiendo esplendor:
y coros celestes
la esfera cruzando,
proclaman cantando
la paz y el amor.

* *

La Madre amorosa
con dulce semblante
contempla al Infante
que al mundo trae luz;
sin saber que, luego,
al que hoy duerme en calma,
llorando su alma
verá en una cruz.

* *

Pastores y magos
la estrella siguiendo,
se llegan corriendo
al pobre portal;
y luego que adoran
postradas sus frentes,
ofrecen presentes
al Rey celestial.

* *

Cantemos gozosos
la grata venida
del Dios que la vida
gloriosa nos dió;
y alegre dejando
su excelsa morada,
la paz deseada
al mundo bajó.

* *

Cantemos alegres,
que el Rey celestial
dejando su gloria
nos viene a salvar.

JERÓNIMO CHICHARRO DE LEÓN.



LA NAVIDAD Y LOS POETAS



AL NIÑO

Florezilla fragante,
yo no me explico
cómo naces tan pobre,
siendo tan rico.

Pues eres el más grande
de los señores,
yo te diera palacios
y servidores.

Lucerito de plata,
rayo de luna,
Rey, que un tosco pesebre
tienes por cuna.

Brújula de los cielos,
lindo tesoro,
quisiera regalarte
cunita de oro.

Da gloria contemplarte
tan sonrosado.
¿Acaso tienes frío
niño adorado?

¡Si pudiera ofrecerte
lumbre, mantillas
y ropitas bordadas
de maravillas!

Porque sé que redimes
el alma mía,
tengo, niño precioso,
mucho alegría.

Mas también tengo pena
niño adorable,
porque de tu pobreza
soy el culpable.

ALEJANDRO CAMPO.

HUMILDAD

Naciste pobre, Señor;
porque Dios, en su bondad,
quiso enseñar el valor
de su amor por la humildad.

* *

Pobre la dulce mujer
que en su seno te llevó.
Pobre el varón, que por ser
humilde, llegó a creer
en lo que no comprendió.

* *

Pobre y sincero el pastor
que ante tu cuna a adorar
vino con santo fervor.
Pobre la ofrenda de amor
que te pudo presentar.

* *

Pobre la aldea y aquel
rústico lecho y portal.
Pobre el pueblo de Israel
gimiendo bajo el cruel
yugo de Roma imperial.

* *

Hijo de Dios, que a vivir
comenzaste en esa luz,
difícil de preferir.
Pobre al nacer y al morir;
desde la cuna a la Cruz.

* *

Naciste pobre, Señor;
porque Dios, en su bondad,
quiso enseñar, que el amor,
siendo un tesoro, es mayor
si lo envuelve la humildad.

CLAUDIO G. MARÍN.

GLOSA

«Llegó la Luz querida,
la Fuente del puro amor:
cantemos gloria al Señor
que es el Manantial de vida.»

Cantad, mortales, cantad,
desterrando los dolores,
que el Señor de los señores
ha mostrado su bondad.

No más la fiera impiedad
aflicta al alma herida,
pues de aquella esclarecida
región do el amor se encierra,
para alumbrar en la tierra
«llegó la Luz querida».

Cantad al que rige el mundo
con su mano poderosa,
y ante el cual no existe cosa
que pueda ser su segundo.

Ensalzad al que, fecundo,
mostró al hombre su favor;
pues tanto amó al pecador
linaje del triste suelo,
que le dió, para consuelo,
«la Fuente del puro amor».

Unid al mío vuestro canto,
ungido de santo anhelo,
y juntos suban al cielo
donde reina gozo tanto.

Y alejando el triste llanto
que trae el humano dolor,
animados del ardor
de los divinos amores,
con los ángeles cantores
«cantemos gloria al Señor».

Jamás podrá ya la muerte
con la vida contender,
pues Dios quebró su poder
con su regio brazo fuerte.

Y pues no habrá mal que acierte
a abrir la cerrada herida,
con el alma conmovida
y llena de santo amor,
loemos al Salvador
«que es el Manantial de vida».

J. CHICHARRO DE LEÓN.

NOCHE DE PAZ

Un cielo transparente,
sirviendo de dosel a la Judea,
y unos pobres pastores
que en la noche vigilan sus ovejas.

El campo silencioso
se cobija y esfuma en las tinieblas...
La ciudad, a lo lejos,
dibuja, cual espectro, su silueta.

Y la calma reinante,
perspectiva les da de tierras muertas...

Las horas van pasando
con tardo caminar, lentas, muy lentas,
como una caravana
que avanza por los mares de la arena.

Mas un suceso extraño
sorprende a los pastores en su vela:

El cielo se abriga,
mostrando de su gloria la esplendencia,
y un angélico coro
anunciando de paz las buenas nuevas.

Los siglos van pasando;
con ellos, las edades se encadenan,
y en las generaciones,
se sucede el recuerdo y se conserva.

Felices los mortales
que en los tiempos presentes perseveran
en la dulce esperanza
que, en campos de Belén, el ángel diera.

JOSÉ FERNÁNDEZ ORTEGA

LA NAVIDAD DE NERÓN

TAMBIÉN Nerón esperaba con placentera alegría la llegada de las próximas fiestas. No era la alegría bulliciosa y retozona de sus años juveniles, sino el sentimiento hondo, tranquilo y sosegado, propio de la edad madura, que trae la Navidad al llamar a todas las puertas.

En efecto: Nerón había cumplido ya los doce años, y, tanto la educación recibida, como el paso del tiempo, habían moderado sus ímpetus y dado serenidad a su existencia.

Era Nerón el magnífico gato de los conserjes de la Capilla y Escuelas Evangélicas. Bien proporcionado de cuerpo, cabeza grande, ojos inteligentes, hermoso pellejo blanco y rubio, unía a la belleza de sus formas una esmerada y poco común educación. Nacido en aquella misma casa, había sabido aprovechar las ventajas de la enseñanza gratuita, y desde su más tierna edad fué uno de los alumnos más aplicados y aventajados de la escuela. D. Paco, el maestro director, siempre fué gran amigo suyo, y muchas veces le había distinguido dejándole estar, durante la lección, sentado en su mesa. ¡Cuánto le debía Nerón! Él era quien había enseñado a los chicos a tratar bien a su peludo condiscípulo.

¡Cuántas veces Nerón había tenido boquiabiertos a sus congéneres vecinos contándoles anécdotas de D. Paco y cosas que de él había aprendido! En cierta ocasión hizo copiar veinte veces a Manolito el texto que dice: «El justo atiende a la vida de su bestia, mas las entrañas de los impíos son crueles», para que recordara cómo se debe tratar a los animalitos, y nunca consintió que los niños le hiciesen ningún mal.

A pesar de sus años, Nerón no abandonaba la escuela. Claro que nada nuevo aprendía; pero le gustaba repasar, y, a ser posible, se hubiera matriculado gustoso en la Universidad para estudiar Derecho o Filosofía.

— Hoy tenemos vacaciones — dijo para su pellejo Nerón, subiendo hacia el tejado a toda prisa. Buscó un lugar bien resguardado del aire, se tumbó al sol y empezó a lamerse concienzuda y parsimoniosamente. Apenas había comenzado esta operación, vino a interrumpirle Fifi, preciosa gatita vecina suya, a la que Nerón quería como a una hija.

— Buenos días, D. Nerón; hoy nos hace un tiempo magnífico.

— Hola, Fifi. ¿Cómo te va la vida?

— Muy bien. ¡Si usted supiera! Mi ama me va a poner un collarito color de rosa, con un lazo muy bonito.

Nerón no pudo reprimir una sonrisa ante aquella noticia; pero considerando que Fifi era aún muy niña, se limitó a responder:

— ¡Vanidosilla! ¡Cómo se conoce que siempre te tratan bien, que no es la comida lo que más te preocupa!

— ¿La comida?

— Claro; el pavo y los capones, que tanto se consumen estos días.

— No sé; como en días festivos mis

Fifi reflexionó. Por fin, dijo:

— ¿A qué hora se empieza?

— A las tres en punto pasaré a buscarte.

— Hasta mañana, y gracias. Adiós; me llama mi ama.

Al día siguiente por la tarde, poco antes de empezar la fiesta, dos personajes asomaron en lo alto del salón sin ser vistos de nadie. Eran Nerón y Fifi, que no querían perder detalle.

El amplio salón estaba ya casi lleno. En el fondo, el árbol de Navidad se alzaba majestuoso y bello, cobijando bajo sus verdes ramas, cargadas de adornos, gran cantidad de libros y juguetes.

— ¿Ves aquella mesa con tapete rojo? — decía Nerón a su compañera —. Allí se sentará la presidencia. En ese estrado del centro, suben los niños para recitar sus versos. Ese señor de pelo gris que ahora entra, es D. Paco. Aquél más joven que vigila los niños, es D. Modesto, el auxiliar. Esa señorita vestida de negro, es D.^a Carmen, la maestra, y aquella de vestido claro, que no para un momento, se llama D.^a Sara, y es la maestra de los párvulos. ¡Pobrecilla! Quedará rendida después de pelear toda la tarde para tener quietos y despiertos a todos sus muñecos.

Fifi estaba absorta, contemplando todo aquello tan raro para ella.

Un ¡ah!, que salió de todos los labios, y el estrepitoso aplauso de los pequeños, llenó todos los ámbitos del salón.

— ¡Miii! — dijo también Fifi, sin poder contenerse.

— Es que han encendido las luces del árbol — dijo Nerón, muy satisfecho de la admiración de Fifi.

Entretanto, el salón se llenaba rápidamente. No cesaban de entrar hombres y mujeres con sus hijos de la mano. Los niños adelantaban por el pasillo, e iban a ocupar sus sitios al lado de sus respectivos maestros. D.^a Sara no cesaba de ir y venir por entre sus pequeños, ordenando los rizados de ésta, subiéndolo tal o cual calcetín rebelde, o colocando de nuevo el lazo que la manita de una pequeña arrancaba de la cabecita de su compañera. Los otros maestros recogían las poesías, hacían repetir en voz baja algún pasaje difícil, y recorrían las filas haciendo acá y allá la última advertencia.

Una nenita de tres o cuatro años, vestida de azul, que parecía una muñeca, avanzaba por el pasillo hacia su maestra. Nerón se levantó de un brinco.



Estaba soñando que Fifi tomaba parte en la fiesta...

amos comen en casa de sus padres...

— ¡Pobre Fifi! Entonces, ¿mañana no tendrás comida?

— ¡Ah, sí! Antes de marcharse, mi ama me da carne, y me deja leche con bizcochos. Lo peor es que me paso el día solita.

— Si quieres venir conmigo mañana por la tarde, verás la fiesta, y tendrás compañía.

— ¿Qué fiesta?

— La fiesta del arbolito que celebran los niños de las escuelas.

— ¿Es de los niños? ¡Qué miedo! — dijo Fifi estremecida —. Perdóname usted, D. Nerón; pero ya sabe que me dan mucho miedo los chiquillos.

— ¡Calla, tonta! Vendrás conmigo a sitio seguro, y veremos la fiesta sin ser vistos. ¿Ves aquella ventanita redonda? Da frente al estrado. Siempre la abren para que el local se ventile. El público y los niños estarán allá abajo; pero desde ahí, agazapaditos, veremos todo el salón sin ser notados. Este año es el primero que actúa mi chacha, la nietecita de casa, mi Marujita. Tiene tres años y medio, y está preciosa. Verás qué buena tarde nos damos.

— ¡Mírala, *Fifi*, mírala! Esa tan monina, es mi nena.

Sonó la campanilla. Todos callaron, y un caballero de aspecto grave, que *Nerón* dijo a *Fifi* ser el pastor, abrió el acto leyendo un pasaje de la Biblia. Grandes y chicos escuchaban con reverente silencio. Minutos después, niños y niñas, en pie, entonaban un alegre villancico.

— ¡Qué bien mayan estos niños! — dijo *Fifi*, que no podía contener su entusiasmo.

— Cantan — corrigió *Nerón* —. Ahora van a recitar los de la sección de D. Modesto.

Varios niños de siete a diez años subían y bajaban del estrado después de recitar sus poesías o textos alusivos a la fiesta.

— Ese es Manolito — decía *Nerón* a *Fifi* —, que siempre viene a la escuela con la cara sucia. Su madre sabrá el jabón que le ha costado dejársela tan limpia.

Poco después, el público reía alegremente. Era que Rodolfo había vuelto atrás desde el segundo escalón por habersele olvidado saludar.

— Allá va Miguelito, el atolondrado — refunfuñó *Nerón*, que recordaba algunos pisotones muy amargos —. ¡Eso, eso! Despáchalo en un santiamén, y ahógate, si te parece, por no pararte ni a respirar — seguía *Nerón* —. ¡Qué criatura! Con tanto como le ha machacado D. Modesto; pero ¡quién! el público no habrá entendido una palabra.

A Miguel siguió Julián, que, como siempre, dijo el título al llegar a mitad de poesía, y cerró la sección Joaquinito, bajando los cinco escalones de un brinco, huyendo del estrado como si le persiguiera un fantasma terrible.

Sonó de nuevo la campanilla, y ya iba el presidente a continuar el programa, cuando se adelantó por el pasillo un caballero con un niño en brazos. Tomólo D. Modesto, y lo puso en el estrado.

Nerón exclamó:

— ¡Calla, si es Arturito! Ha estado dos meses enfermo, y creían que se moría.

El presidente se congratuló por la mejoría de Arturito, y después el niño, con voz débil, recitó su poesía. El silencio era absoluto. Casi todos los ojos se llenaron de lágrimas, y los aplausos atronaron el espacio cuando Arturito, en brazos de su padre, que temblaba de emoción, volvió a su sitio.

Nuevos villancicos y recitaciones se sucedían, regocijando al público, que, impulsado por los más tiernos y encontrados sentimientos, lloraba y reía a la vez, aplaudiendo cariñosamente a todos los niños.

Fifi estaba admirada, y el propio *Nerón*, que tantas veces había presenciado semejantes fiestas, permanecía mudo, porque la emoción le impedía hablar.

— ¡Qué bien han lamido sus mamás a estos niños! — observó *Fifi*, mientras recitaba una niña, en quien su madre había agotado la brillantina.

— A los niños los peinan y les ponen fijador, colonia o brillantina — objetó *Nerón*.

Un murmullo creciente puso término a estas disquisiciones.

— ¿Qué pasa? — interrogó *Fifi*.

— Que les toca su vez a los parvulillos, y todas las madres se esfuerzan por ver el suyo y enseñarlo a cuantos las rodean — dijo *Nerón*, que no le quitaba el ojo a su Marujita.

Por fin D.^a Sara logró poner en orden su gente menuda, y empezó lo mejor de la fiesta. La primera, una morenilla de cinco años, recitó con tanta claridad y acompañó tan bien con el ademán, que el público le tributó una ovación, y antes de que la maestra pudiera evitarlo, una mujer de edad avanzada se precipitó al estrado, abrazando a la niña y cubriéndola de besos.

— Es su abuela — explicó *Nerón* a *Fifi*, mientras reía y lloraba, como todo el mundo.

Nenes y nenas cautivaban al auditorio con sus gracias y sus dichos. Una pequeñina quedó paradita, balanceándose a uno y otro lado, sin decir nada, a pesar de los ruegos de D.^a Sara. Otro se asustó y empezó a llorar, no habiendo más remedio que llevarlo a su madre.

Fifi estaba muy divertida, y decía a *Nerón*:

— La verdad es que los niños son muy agradables vistos de lejos.

Pero *Nerón* estaba nervioso y se rebullía sin cesar. Por fin exclamó:

— ¡Fíjate! Ya va mi nena.

En efecto, sobre el estrado apareció la muñequita viviente, y con voz dulce y gran aplomo recitó una hermosa composición, titulada «En la tierra, paz», y tanto la aplaudieron, que tuvo que repetirla.

Nerón no cabía en sí de entusiasmo y alegría, recibiendo con agrado las felicitaciones de *Fifi*, mientras exclamaba: «Es una perla esa chiquilla».

Poco después, una nenita, rubia como el oro, de unos cinco años, y rigurosamente enlutada, subió al estrado. Un murmullo corrió por toda la sala, comentando lo que también *Nerón* susurró al oído de *Fifi*:

— ¡Pobre niña! Hace un mes enterraron a su padre. Poco antes de morir, llamó a su esposa, y le dijo: «No prives a la niña de tomar parte en la fiesta. Que vaya a alabar al Salvador... Yo, entonces... le alabaré ya en el cielo».

Matildita, acogida por todos los corazones con especial simpatía, recita en medio de un solemne silencio. Las mujeres lloran, y los hombres apenas pueden contenerse, cuando, terminada la poesía, se adelanta el pastor, e interpretando los sentimientos de todos, besa a la pequeña en la frente.

Nerón y *Fifi* no pueden hablar. Jamás han experimentado tan hondos sentimientos.

La fiesta toca a su fin. Después del canto de un himno, el pastor, emocionado, habla del Niño Bendito, que enseñó a los hombres a amar a los niños, pasó por el mundo haciendo bienes y dió su vida para salvarnos. Sigue el reparto de premios, y *Nerón* ve satisfecho a su chacha apretando entre sus bracitos una muñeca.

— Gracias, D. *Nerón* — dijo *Fifi* —. Me ha reconciliado usted con los niños; sobre todo, de lejos. El año que viene, si no le es molesto...

— Sí, sí, *Fifi*. Te reservaré el sitio.

Verás mi chacha, cómo se luce también el año que viene.

Aquella noche, *Nerón*, rendido por las emociones del día, se acostó temprano, y se durmió a gusto, pues su buena ama, teniendo en cuenta que iba apretando el frío, le había puesto en su silla una mantita de lana. Estaba soñando que *Fifi*, muy adornada con su collarcito nuevo, tomaba parte en la fiesta, recitando, desde el estrado, una hermosa poesía, cuando un leve ruido lo despertó, poniéndole en guardia. Levantóse repentinamente, y vió ante su silla una ratita que, paralizada de espanto, no sabía a dónde huir.

Nerón, a quien D. Paco dió este nombre por la ferocidad con que, desde pequeño, persiguiera a los ratoncillos, iba a lanzarse sobre ella como un torbellino, cuando la estancia se inundó de resplandores. ¿Qué era aquello? ¡Ah, sí! El árbol... los niños... la chacha, que decía con voz dulce: «*Nerón*, en la tierra paz». Se detuvo. Por fin, exclamó: «No mancharé con sangre este día. Vete, atrevida. Vete pronto, que hoy es Navidad».

Después se enroscó en la silla; volvió a dormir... y, feliz, volvió a soñar...

La ratita, en tanto, corrió veloz a esconderse en su nido, besó a sus hijitos, les dió una corteza de queso que atrapó en su huída, mientras repetía en voz baja: «¡A ti, a ti debo la vida, Navidad bendita!»

CAROLINA HAGLUND
ARMENGOL

(Dibujo de Serny.)

CURIOSIDADES DE NAVIDAD

En el día de Navidad nunca se han librado grandes batallas. Aun cuando hayan estado en plena campaña, todos los ejércitos han suspendido las hostilidades en día tan señalado.

Uno de los platos de Navidad entre los aldeanos suizos, es el de la ardilla asada, que está considerado como cosa exquisita, y en algunos pueblos de Francia es muy popular el pastel de pájaros.

Los villancicos se cree que datan del siglo XI. En aquella época se extendió la costumbre de que, en las reuniones de Navidad, cada cual cantase una copla.

Las frutas de España contribuyen a dar realce a la Navidad inglesa, entrando en la confección de puddings y cakes, que no pueden faltar en ninguna mesa inglesa por modesta que sea.

La tarjeta de Pascua más cara que se conoce la mandó hacer el Gaewar de Baroda, un potentado indio. Era una pieza de marfil, tan perfecta, que para lograrla fué preciso sacrificar varios elefantes. En su confección trabajaron durante seis meses cuatro grabadores de marfil que grabaron en ella diferentes escenas. La tarjeta tenía todo el canto cubierto de diamantes.

LA ESTRELLA DEL MARINO

EL anciano Nicolás vivía en un lugar de lo más agreste de las costas de Noruega. Era un viejo marino de gran experiencia y de un valor a toda prueba. Conocía el mar mejor que muchos, pues durante largos años lo había atravesado con todos los tiempos y visto bajo sus más diversos aspectos, hasta los más extraordinarios. Cuando se trataba de socorrer a alguien de una embarcación en peligro, él era siempre el primero en tomar el mar con una abnegación admirable. Se puede decir que jamás había retrocedido delante de peligro alguno.

Este valiente hombre tenía una singular costumbre: cuando el sol había desaparecido y llegaba la noche, se echaba todo lo largo sobre el puente de su vapor, o a la orilla del mar, y miraba, invariablemente, durante horas a veces, al cielo y a la estrella más brillante que podía percibir.

Algunos jóvenes amigos le pidieron un día que les explicara de dónde le venía esta costumbre. Este deseo conmovió vivamente al anciano Nicolás, y luego, cuando se repuso, contó lo que sigue:

«Debo mi salvación, la de mi cuerpo y la de mi alma, a una estrella y al Dios que la ha colocado en el firmamento. Deciros esto, es ya explicaros por qué me gusta tanto contemplar el cielo estrellado. Además, a todos los que creen en la estrella de Bethlehem, ¿no debiera gustarles mirar los astros brillantes?

Hace cuarenta años, me encontraba durante una sombría noche en una situación sumamente crítica. El viento silbaba con violencia; el mar estaba agitado y como llevado por gigantescas olas. Nuestro navío era pequeño y poco fuerte; la costa, cerca de la cual teníamos que navegar, era muy peligrosa y las violentas olas nos empujaban de una manera irresistible. A pesar de todos nuestros esfuerzos, fuimos echados sobre el escollo. Nuestro capitán era un inteligente marinero. Cuando vió el grave peligro que nos amenazaba, cogió él mismo el timón e hizo los más grandes esfuerzos para hacernos escapar de la ruina, que parecía inevitable. Aunque enfermo, se sostuvo firme en su difícil puesto, dando, por medio de su portavoz, las órdenes necesarias con una fuerza, una decisión y una firmeza que extrañaba a toda la tripulación; pero

también la llenaba de valor y energía. A pesar de su voluntad férrea, el esfuerzo que debió hacer sobrepasó de la fuerza que le quedaba.

— Nicolás — me dijo, en medio del crujido de los mástiles y del ruido del viento furioso que soplaba en el velamen —, estate cerca de mí; siento que

Cuando no pudo quedarse por más tiempo expuesto a la tempestad, gritó con una voz que dominó al viento.

— No perdáis de vista la estrella, amigos, no la perdáis de vista.

Después le llevaron a su camarote, y ya no le vi más. Cuando me enteré de su muerte, rogué a mis camaradas que me ataran a la barra del timón, a fin de que pudiese, el mayor tiempo posible, ejecutar la orden de mi viejo capitán.

La tempestad era cada vez más terrible. Estaba como cegado por las lágrimas que corrían de mis ojos, pero logré, a pesar de todo, mantener mi mirada fija en la estrella».

El viejo marino se paró un instante, sumergido en sus conmovedores recuerdos. Luego siguió:

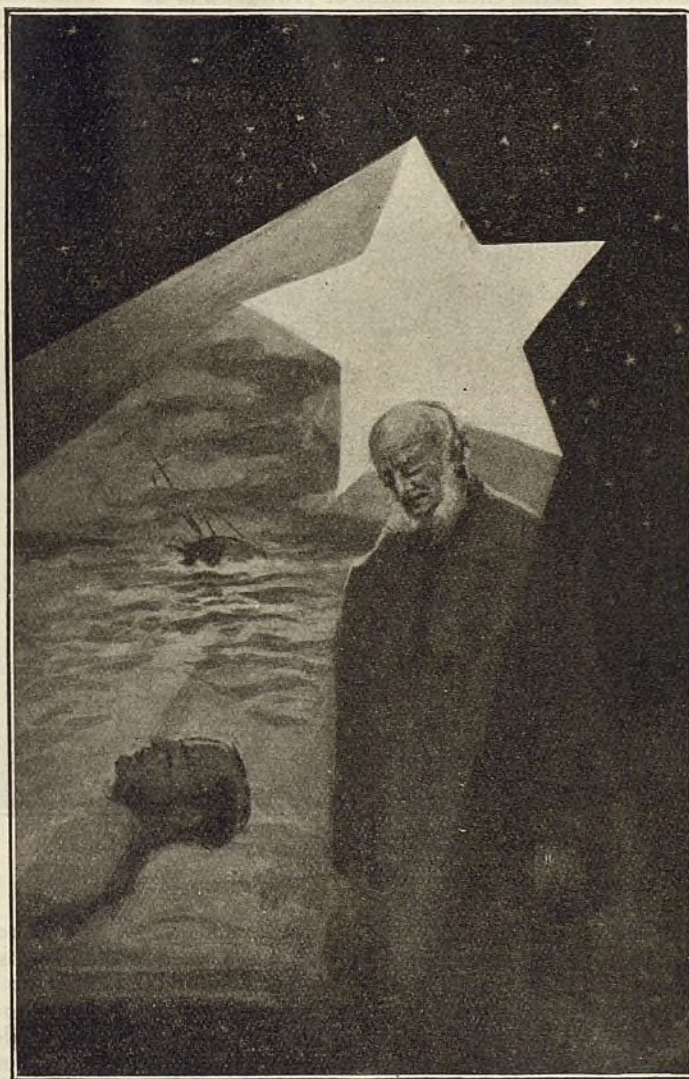
«Después que hubimos navegado dos horas por un canal malo, muy estrecho, nos encontramos todavía en medio de un mar agitado; pero había evitado los peligros de los escollos. La estrella nos había conducido bien. Estábamos fuera de inquietudes. Me dirigí entonces al camarote del capitán. Su semblante estaba poco cambiado. Sus facciones demostraban siempre una voluntad viril, una decisión firme. No pude por menos yo, pobre y rudo marino, de besar este querido rostro, mojándolo con mis lágrimas. Me arrodillé al lado de la cama, y pedí fervorosamente a Dios que me condujera a través de las tempestades de la vida como me había conducido durante esta sombría y terrible noche a través de los espantosos peligros que nos rodeaban y ponían nuestra existencia en peligro. Desde entonces, no he perdido de

vista la estrella. Ahora, ya no os extrañaréis más de verme contemplar las estrellas».

Al cabo de un momento de silencio, Nicolás nos dijo todavía:

«Amigos míos, sois jóvenes; la vida se abre delante de vosotros; no perdáis de vista la estrella, la brillante estrella de la mañana».

(Dibujo de Durá.)



Me dirigí entonces al camarote del capitán. Su semblante estaba poco cambiado.

mis fuerzas me faltan, y que no podré resistir mucho tiempo. Pero ¿ves esta estrella encima de nosotros?

— Sí, la veo, capitán.

— Bien; cuando tengas que substituirme, dirige el navío siguiendo derecho esta estrella. De esta manera, te aseguro que llegaréis al puerto; pero si la pierdes de vista, no podréis evitar el naufragio. Además, no olvides que hay otra estrella que hace falta mirar también sin cesar para llegar un día a otro puesto mejor que los mejores de aquí abajo.

Sabía lo que el capitán quería decir. Era un cristiano fiel que no perdía jamás la ocasión de decirnos algo útil para nuestras almas.

REVISADO POR LA
CENSURA MILITAR

LA HUÍDA A EGIPTO Y SUS LEYENDAS

LA huída a Egipto es una de las escenas de la vida del Redentor del mundo, acerca de las cuales escritores y artistas han fantaseado más libremente y más impunemente también. La humilde odisea del Rey de reyes recién nacido, huyendo de la cólera de un rey cruel y buscando refugio en la clásica tierra del Nilo y de las pirámides, es asunto demasiado poético para que el arte y la literatura pudieran contentarse con el sobrio relato de San Mateo: «Partidos los magos, el ángel del Señor aparece en sueños a José, diciendo: levántate; toma al Niño y a su Madre, huye a Egipto, y estate allí hasta que yo te avise; porque acontecerá que Herodes buscará al Niño para matarle. Y él, despertando, tomó al Niño y a su Madre, de noche, y se marchó a Egipto. Y estuvo allí hasta la muerte de Herodes».

Para los autores de las leyendas piadosas aparecidas durante la Edad Media, como para los pintores de todos los tiempos, tan sencilla narración fué adornada con los más variados y caprichosos episodios.

Por de pronto, nada hay en el Evangelio que autorice a creer que en la fuga interviniese un asno, y, sin embargo, el paciente jumento no falta jamás en las representaciones de esta escena. A ningún pintor se le ocurrió substituirlo por un camello, como parece lógico tratándose de países orientales. En cambio, a veces se añade al borriquillo un buey o una ternera, como ocurre en un grabado de Durero y en un famoso cuadro de Jordaens, como si estos artistas hubiesen querido prolongar la tradición de los animales del pesebre. Con los compañeros de viaje ocurre lo mismo; aunque San Mateo no habla de ninguno, artista hay que pinta hasta media docena, y no contentos con poner ángeles que sirven de guías y acompañantes, añaden unos a María Salomé, y otros a tres muchachos y una joven, cuyos nombres no se expresan.

Según la leyenda, el viaje duró cuarenta días, lo que parece demostrar que quien tal ideó no tenía la menor noción de la distancia que media entre la Judea y Egipto, y añádesse que a poco de emprenderlo, habiendo llegado a la boca

de una caverna los fugitivos, salieron de ella espantosos dragones que, en medio del terror de todos, pero con las mejores intenciones del mundo, lejos de hacer mal a nadie, se postraron ante el Niño para adorarle, recibieron sus órdenes y se unieron al cortejo, juntamente con leones, panteras, lobos y toda clase de fieras, encargándose de proteger a la Sagrada Familia.

Otra vez es una gentil palmera la que, a una señal del Niño, inclina sus ramas

se hacen añicos al entrar los fugitivos en sus templos para ocultarse a sus perseguidores. El simbolismo de esta leyenda, con estar bien traído, no es tan bonito como el del cuadro de un pintor moderno, Olivier Merson, que pinta al Niño Dios y a su bendita Madre reposando entre los brazos de la Esfinge, como indicando el hecho de que Cristo, rechazado y perseguido por los suyos, es acogido por un país pagano.

Ya en el Cairo, y siempre según los autores de estas historias apócrifas, Cristo, en vez de presentarse con aquella modestia y humildad, que según San Lucas caracterizó su infancia, viene a convertirse en un infantil taumaturgo, que tan pronto alarga milagrosamente una túnica que a San José le han sacado demasiado corta, como hace revivir los pescados ya abiertos y en salazón, o se divierte haciendo pájaros de barro y dándoles la vida con un soplo. Aunque no menos hipotética, también en este caso, la idea de un artista moderno, del famoso Tissot, resulta más digna de aplauso, o cuan-

do menos más conforme con la realidad. Tissot ha pintado a la Virgen durante su estancia en Egipto, mezclada con las mujeres del país en sus habituales quehaceres, subiendo agua del río, mientras sostiene en sus brazos al Hijo de Dios. Exornada con tan pintorescos episodios, la huída a Egipto da ya sobrados asuntos para pintar o esculpir, y así no es de extrañar que haya sido tema para obras de la inmensa mayoría de los autores que en el mundo fueron: Angélico y el Giotto, Cranach y Rembrandt, Durero y el Correggio, y en nuestros días Lagarde, Hitchcocke, Merson y Tissot, han representado las escenas de los dragones, de la palmera milagrosa, de los monumentos egipcios. Ninguno, sin embargo, ha llegado a donde el Tiépolo, que tiene una serie de ventisiete aguafuertes sobre este pasaje bíblico, tan sencillo y tan breve en el Evangelio, y tan traído, llevado y desfigurado por los que quisieron darle una amenidad que realmente no necesitaba.

(Cuadro de Girardet.)



LA HUÍDA A EGIPTO

para poner su fruto al alcance de la Virgen, fatigada y hambrienta, a la vez que de sus raíces surge copiosísima fuente de agua cristalina. Siendo de notar que, descontando estos prodigios naturales que habían de intervenir en el sostenimiento de la familia, los pintores antiguos no olvidaron jamás el cargar a San José con abundante merienda, y aun en ocasiones lo representaron llevando por delante numeroso rebaño de ovejas y vacas, ni más ni menos que si se tratase de una expedición alrededor del mundo.

Refiérense otras leyendas a una araña que, para despistar a los sicarios de Herodes, fabrica rapidísima su tela en la entrada de la cueva en que la Sagrada Familia se cobija, para hacer creer que en ella no había entrado nadie en largo tiempo, o a dos bandidos que se ablandan ante la dulce mirada del Hijo y de la Madre, y uno de los cuales, más tarde, el día de la crucifixión, recibe en el patíbulo la promesa del Paraíso en recompensa de su humanidad.

Esta prodigalidad de milagros va en aumento al llegar a Egipto. Las estatuas de los dioses egipcios caen por sí solas y

LA NIÑA BAJO LA NIEVE

AQUELLA mañana hacía un frío muy duro. Toda la noche había nevado, y los techos de las casas desaparecían bajo un manto de armiño que hacía tiritar.

La familia de los Laroche no tenía más elementos de vida que sus brazos, pero cuando se tiene salud, juventud y buena voluntad, todo sale bien. Era una excelente familia, citada como modelo en todo el barrio. Y no se hablaba nunca de la buena conducta y laboriosidad del señor Laroche, sin recordar la gracia y aplicación de su mujer.

Laroche era contra maestre de una fábrica, y ganaba bien su vida; su esposa, costurera de mucha habilidad, ganaba también bastante.

Pero la familia era muy numerosa. Se componía del matrimonio, una tía anciana y paralítica, los abuelos y Merodeador, un gato pardo, que hacía diez años vivía como todo un caballero.

Y luego nació Conchita, lo cual produjo, naturalmente, un recargo en el presupuesto de la familia. Pero fué tan bien acogida, que padres y abuelos parecían más contentos desde que nació.

La niña fué creciendo, y con la edad haciéndose más bonita.

Pero no importa ser bonita o fea; la cuestión es ser buena, y Conchita lo es.

Los padres la enseñaban, diciéndole que el corazón se debe interesar en todos los sufrimientos.

Y ahora que ya conocemos a la familia Laroche, volvamos al famoso lunes en que hacía tanto frío y Conchita tenía pereza para levantarse, para ir a la escuela.

Sin embargo, al cabo de una hora estaba ya vestida, peinada y corriente. Había repasado sus lecciones y tomado el desayuno. Se colgó su canastilla al brazo, y se dirigió a la escuela.

En la calle hacía más frío que en casa, y sus pies se enterraban en la nieve.

En la escuela supo muy bien todas sus lecciones y mereció, como de costumbre, la aprobación de la maestra.

A las doce almorzó, y al dar las cuatro tomó su canastilla, y con ella el camino de su casa.

Andaba lentamente, le gustaba mucho la calle con la nieve. Todo le interesaba, lo miraba todo, desde los árboles nevados hasta las carretillas de legumbres.

De pronto empezó a nevar otra vez. ¡Qué tiempo tan horrible!

No pudo menos de apresurar el paso.

Ya sentía haberse retrasado con su curiosidad impertinente, cuando fijó la vista en una cosa anormal y, despreciando la nieve, se fué al encuentro de lo que le llamaba la atención. ¿Qué era?

¡Una criaturita! ¡Una niña pequeña que, acostada en la nieve, dormía!

Conchita, de pronto, casi tuvo miedo; luego se fué tranquilizando, y se acercó

para convencerse de que no se equivocaba. Era, en efecto, una niña; pero no tan pequeña como se había figurado. Podía tener seis años, y era tan bonita que parecía una muñeca de cera.

Estaba casi desnuda, con un vestidito lleno de remiendos, unos zapatos rotos y una pañoleta desgarrada alrededor del cuello.

A Conchita se le saltaron las lágrimas al contemplar a la pobre pequeña. Los copos de nieve cubrían su cuerpo casi desnudo que, dormido, tiritaba.

Conchita se sintió poseída de la más profunda compasión; y en aquel momento la niña despertó, abrió sus grandes ojos y miró a todos lados, asustada.

— Vente a mi casa, pobrecita — le dijo Conchita.

La niña la miró, se levantó, dió algunos pasos y sintió más frío que acostada en la nieve.

— Anda, vente conmigo; mamá tiene buena lumbre.

— Yo tengo frío... y hambre — contestó la pobre niña.

— Ven conmigo — repitió Conchita —; en mi casa hay de todo.

Las dos niñas salvaron rápidamente la distancia que las separaba de la casa de los Laroche.

Llegaron, entraron en la casa y subieron hasta el cuarto piso.

Conchita llamó: «¡Mamá, mamá!»

Pero la mamá no respondía. Era la hora en que salía a entregar su costura y no estaba de vuelta.

Conchita sabía dónde encontrar la llave; abrió la puerta y entró con su amiguita.

Lo primero que hizo fué atizar la lumbre, que estaba medio apagada.

Después, las dos se sentaron, y Conchita preguntó a su improvisada compañera:

— ¿Cómo te llamas?

— Violeta.

— ¡Violeta!... ¡Qué bonito nombre!

Y repitió muchas veces ¡Violeta! ¡Violeta! como si evocara con el pensamiento la flor silvestre que lleva el mismo nombre.

— ¿Tienes papá?

— No.

— ¿Y mamá?

— Tampoco; yo tenía mamá, pero se ha muerto.

— No llores, Violetita; yo tengo papá, mamá y Merodeador.

Violeta, en efecto, no cesaba de llorar.

En seguida Conchita sacó un mantel y lo puso en la mesa. ¡Qué espectáculo para Violeta! Jamás había contemplado un mantel tan limpio, ni una habitación tan abrigada.

En aquel momento apareció la señora de la casa; grande fué su admiración. Había un cubierto más que de costumbre y una convidada ya a la mesa.

La explicación no fué larga; el contra-

maestre, que llegó al instante, tomó parte en ella. Rieron de la gracia de Conchita; no tuvieron ánimo para reprenderla, y consolaron a la infeliz Violeta, que se había acobardado mucho al ver al Sr. Laroche.

Todos comieron con envidiable apetito, y a los postres hicieron mil preguntas a Violeta.

La historia de Violeta no podía ser más sencilla: no tenía padre ni le había conocido nunca; debió morir cuando ella era muy chiquita. En cuanto a su madre, no hablaba más que de ella. Se adivinaba por su explicación que había muerto tísica, agobiada por el trabajo, consumida por los sufrimientos. Según todas las probabilidades, aunque la niña no precisaba fechas, había muerto la víspera en una bohardilla desmantelada, sin una vecina que le cerrara los ojos.

Violeta, al ver muerta a su madre, tuvo miedo. Bajó corriendo sin decir nada a nadie, y anduvo errante por las calles de París, hasta que, rendida de cansancio, se sentó en un escalón de un portal y se durmió; la nieve la sorprendió dormida.

— Pero esta niña — dijo Laroche — debe tener quien la conozca. Puede ser que en este instante la busquen. La llevaremos a la comisaría.

— Esta noche no — dijo Conchita.

— No — añadió su madre —; es demasiado tarde.

— Sea; pero mañana a primera hora...

A los cuatro días, aun estaba Violeta en casa de los Laroche, aunque el contra maestre empezaba a impacientarse.

La señora Laroche había ido a la comisaría, y le habían contestado que habían averiguado que la niña se llamaba Violeta Lecomte, que su madre al morir no había dejado nada, que tenía un tío que debía estar en las Indias, y que si no querían ellos tenerla, sería preciso enviarla a un asilo.

Aquella noche contó todo esto a su marido, quien le contestó:

— Es una gran desgracia, nunca he sentido tanto como ahora el carecer de fortuna; pero bien sabes que no podemos hacer más sacrificios. Nuestra misma hija nos reprocharía, andando el tiempo, lo que hiciéramos a costa suya. Es preciso resignarse.

Quince días después seguían las cosas en el mismo estado.

El Sr. Laroche se iba enfadando de veras; no decía nada, pero en la cara se le conocía.

Una noche, a la hora de cenar, vió que no estaba Violeta en su sitio de costumbre. Abrió la boca para preguntar y no tuvo valor. La cena fué triste y muda. Al terminar, no pudo ya contenerse.

— ¿Y Violeta? — preguntó.

— Se fué.

El bueno de Laroche se puso pesaro-

